

es el suplicio infame de Servet, en que arrancándole á este su vida de un día, se arrancó á sí mismo su vida de todos los tiempos. Lo que mas nos indigna hoy es verlo sin remordimientos, sin dolor, sin escrúpulo siquiera, presentando aquel crimen horrible como una obra sublime. Y sin embargo, desde aquella hora su salud se quebranta y los males caen sobre su vida en tropel. Bajo de estatura, pálido de color, elevado de frente, profundo de mirada, sus nervios parecían de acero. Una voluntad inquebrantable se mezclaba en él á una inteligencia serena. Su actividad no le consentía ningun descanso, como la luz igual de sus ideas no consentía tampoco á su inteligencia ningun eclipse. Cuéntase que un día, predicando, le vino una copiosa hemorragia por las narices; y no interrumpió la predicacion. Nada en él de atractivo, porque le faltaba la divina virtud que gana los corazones y los sojuzga, le faltaba la virtud de Cristo, la virtud de San Juan, la virtud de Rafael de Urbino, la virtud de la ternura. Sencillo en su vida, puro en sus costumbres, cumplidor del deber, por lo brusco de su temperamento, por lo inflexible de su voluntad, por lo acre de su palabra, por lo duro de su carácter, resulta muchas veces, cual ahora decimos, antipático, y alguna vez odioso. Once años vivió despues de muerto Servet, y en estos once años apenas probó un bocado. Su estómago devolvía todos los alimentos, pero su voluntad y su inteligencia manteníanle firme y enhiesto entre la rudeza del trabajo y la crueldad del combate. Sus propios amigos tenían tal idea de su aspereza que le llamaban por mote acusativo. Al saber su muerte, exclamó Pio IV: «No teníamos dinero con que comprarlo.»

Murió en el mes de mayo, á la hora de acabarse el día, mirando con sus ojos de carne los últimos arreboles del ocaso en la tierra y con sus ojos espirituales las primeras alboradas de la eternidad en el cielo. Como solamente recibió algunos escudos miserables para su manutencion y sustento en vida, solamente recibió una cruz de palo para su sepultura en muerte. Todo cuanto se halla de su entierro en los anales de aquella ciudad, que hizo á su imagen y semejanza, es la sencilla nota siguiente puesta en los registros del Consistorio: «Calvino ha volado á Dios en este día, 27 de mayo de 1564.» Nadie lo creeria, pero la incuria de los siglos pasados fué tan grande que ¡oh! en aquella tierra modelada por su enten-

dimiento y por su voluntad, no se sabe dónde reposan sus huesos. Y aquel animoso y luminosísimo espíritu era el primer término en la serie de ideas traída por la Reforma y la primera consecuencia derivada de la premisa de sus principios.

FIN DEL TOMO TERCERO

INDICE

DE LOS LIBROS Y CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	<u>Páginas</u>
LIBRO OCTAVO.— <i>Capítulo primero</i> .—Estado de la Europa católica y de la Europa protestante á la aparición de Calvino.	1
<i>Capítulo II</i> .—Diferencias de la revolución religiosa entre Inglaterra y Ginebra.	18
<i>Capítulo IV</i> .—Carácter general de la revolución religiosa en Suiza y carácter particular de Ulrico Zuinglio.	91
<i>Capítulo V</i> .—Tentativas de conciliación entre el Catolicismo y la Reforma.	122
<i>Capítulo VI</i> .—El concilio de Trento.	146
<i>Capítulo VII</i> .—Ginebra y Calvino.	180
LIBRO NOVENO.— <i>Capítulo primero</i> .—La conversión de Calvino.	202
<i>Capítulo II</i> .—Fuga de Calvino.	220
<i>Capítulo III</i> .—Paso del reformador por Ferrara y arribo á Ginebra.	239
<i>Capítulo IV</i> .—Primeros días de Calvino en Ginebra.	259
<i>Capítulo V</i> .—Desarrollo de la obra de Calvino.	273
<i>Capítulo VI</i> .—La ausencia de Calvino.	288
<i>Capítulo VII</i> .—Regreso de Calvino á Ginebra.	310
<i>Capítulo VIII</i> .—Obra de organización.	327
<i>Capítulo IX</i> .—Calvino como predicador.	337